

espíritu? Y me propongo observar, observar (con el interés vehemente que produce en mí la observación) á las institutrices y á los preceptores.

X

Cuando retraso la hora de levantarme y me dejo estar arropadito en la cama, hay días en que experimento una impresión como de hogar, hogar mío, propio. Es que me traen al niño para que me acaricie...

Solís se encarga de esta ceremonia, incompatible con el pudor de la inglesa. El niño se me presenta ya hecho una lechuga, oliendo al jabón Pears y á los vinagres caros y deliciosos que he mandado venir para su tocadorcito. Trepa por mi cama arriba y me abofetea á sus anchas, hartándome de mimos zalameros. Yo, riendo, procuro despertar en mi corazón el abandono de confianza, la ceguedad amorosa que inspiran los hijos de nuestra carne. El día

en que noto á manera de una pared invisible entre la criatura y mi alma; el día en que á pesar mío, murmuro sordamente "esto es una comedia de familia", estoy de murria la mañana entera.

Ha sido siempre uno de mis padecimientos íntimos, de que no es posible quejarse y que no veo medio de remediar, este defecto ó este exceso en mi funcionamiento cerebral: la repetición de ciertas frases insignificantes, mezquinas, por lo común irónicas contra mí mismo, que se me clavan en el magín y que, como cansados estribillos, repito sin voz, mudamente, con insistencia insufrible. Ignoro por qué se produce el fenómeno, é ignoro cómo contrarrestarlo. Hay coplejas de sainete; trozos de música murguista; cláusulas tontas de conversaciones ajenas; dichos, por ejemplo, de Camila, de cuya obsesión no acierto á verme libre. En mi involuntaria cerebración entran también los nombres raros, motes y apodosos que doy, sin querer, á cosas y personas,—y por los cuales las conozco, interiormente, mientras olvido sus nombres verdaderos.—Lo de la *comedia de*

familia lo tengo ahora metido en no sé qué casilla, sin acertar á desalojarlo. Cuando presido la mesa observando los movimientos de Rafael y admirando el minucioso esmero con que Annie le hace comer limpiamente y corrige sus menores defectos de *tenue*; cuando, servido el café, me arrimo á la lumbre encendida, y el niño, á pasito corto, se me acerca y pone sus labios en mi mano, balbuceando la primer frase británica: *Bless my, good father...* todo este gracioso aparato de ternura y respeto despierta la voz sorda, la voz muda: "¡Comedia de familia!"

—¿Acaso—discurro—no hay algo de comedia, no hay un histrionismo involuntario en los actos más serios y más sinceros de la vida? ¿No preparamos con arte (y qué es el arte sino perpetua comedia) las protestas de amor, las demostraciones de amistad y hasta las manifestaciones del dolor, que debieran ser tan inconscientes como el grito que el mismo dolor arranca? ¿Dónde está la santa inconsciencia? ¿Dónde el olvido de nosotros mismos?

De estas cosas y de otras converso con Solís. Como deseo conocerle bien, prescindo con él (en cierto límite) de mi reserva. Se ha roto entre nosotros el hielo; hasta discutimos; y, sin embargo, no nos une ningún vínculo de afecto: nuestra comunicación es del corazón para arriba, en absoluto. En ambos domina el cerebro, acaso influido por los nervios, y en ambos existe, creo haberlo notado, igual desconfianza de todo, igual sentido escéptico y pesimista,—para dar á estos males su nombre vulgar y resobado, y que, realmente, nada expresa de lo más hondo de su inquieta zozobra.

Fué muy lenta en establecerse esta comunicación. Encerrado él en su mutismo de asalariado soberbio; habituado yo á esconder como un tesoro el doble fondo de mi pensar,—las relaciones se iniciaron en pie de sequedad y glacial cortesía, actitud que, si no se corrige en los primeros ocho días de contacto, corre ya peligro de eternizarse ó de convertirse en acerba hostilidad, á poco que los temperamentos sean refractarios. Una reflexión que me hice contribuyó á suavizar mi gesto; discurrí

que el deseo de adherirme á la vida mediante la comedia, ó lo que sea, de la paternidad, me impone también la ley de acercarme un poco á mis semejantes, de salir de mi propia caverna, como el oso de las épocas primitivas se echaba fuera de su espelunca á caza de frutos y de miel silvestre.—¿Qué me costaba intentar la prueba? ¡Dicen que es tan bueno eso de contar á otros lo que nos pasal... Además, yo sabré evitar el relato necio de mis cuidados íntimos. Hablaré con astucia, para registrar el pensamiento del preceptor sin abrir el mío...

Á toquecitos, sin prisa, á esas horas perdidas en que ningún quehacer apremia, voy penetrando en la mentalidad de Solís—penetrando todo lo que él me consiente, que, á la verdad, es poco. Se defiende, se emboza, se encastilla en las moradas interiores—como supe encastillarme yo con Camila, con Trini, con los amigos de círculo, cervecería y café.—Comprendo, sin embargo, que esto no lo hace por reserva, sino cohibido por la idea de que la clase de relación entre nosotros veda las expansiones. Entonces le insinuo que, justamen-

te, si he buscado para Rafaelin, que, por ahora, no puede empezar á educarse, un profesor intelectual,—es para tener alguien con quien hablar de mis lecturas y entretener las horas de las tardes de invierno en que llueve y, captado por la chimenea, no hay ganas de echarse á la calle.

Solis lee mucho; es un tragalibros desenfrenado. Se habla de los beneficios de la cultura, y no sé (es una de mis graves incertidumbres) si no debiera pensarse en los efectos de las intoxicaciones librescas. Es imposible que esta sobresaturación cerebral no gaste las fuerzas de resistencia del hombre contra el Misterio. La percepción confusa del Misterio, al hacerse aguda, causa vértigo insano. "Quien ciencia añade, dolor añade"—dijo el soberano poeta hebreo,—y una comprobación de esta creencia mía la hallo en el estado de alma del otro torturado (que debiera sentirse dichoso, puesto que ha resuelto, gracias á mí, el problema de la vida material). Una vez más logro cerciorarme de que la solución de la vida material carece de importancia; que el dolor está más adentro.

—¿No se le ocurre á usted—pregunto á Solis—que los autores de muchos libros que leemos nos quieren mal, y deliberadamente nos causan disgustos?

—No, señor—contesta Solis.—Lo que creo es que son unos inocentes, unos niños de teta. De lo grave, de lo terrible de nuestro sentir, no dan idea los libros, como no la dan los novelistas ni los autores dramáticos de las verdaderas novelas y de los verdaderos dramas que se tejen en la vida. ¡Si yo encontrase un libro tan amargo como un alma, proclamaría á su autor el genio más sublime! Sólo el *Eclesiastés*...

Convinimos en que sólo el *Eclesiastés*, y acaso Job, se acercan un poco á lo que "anda por dentro". Es raro que en épocas que nos parecen primitivas se escribiese ya "Mi alma aborreció mi vida"; la frase más exacta y profunda que cabe escribir... Indudablemente no hemos inventado cosa alguna en esta materia, y si absorbemos con avidez el libro nuevo es por esa curiosidad irritada del estético que visita una Exposición moderna, seguro de que

no encontrará allí ni la *Primavera* de Botticelli, ni la *Ronda* de Rembrandt. La historia nos refiere dramas sin cuento, pero son dramas por fuera; el drama de la conciencia es siempre el mismo.

—Con todo—le objeto,—hoy, no cabe duda, la gente se suicida más que en otras épocas.

Solís se rasca el mentón lampiño y columpia el pie derecho: tiene este *tic* cuando cavila, y dos ó tres veces he visto á la inglesa, que pesca todas las incorrecciones, fruncir el rubio ceño al notar este vicio del profesor. Después dice, como resbalando:

—Bah... Hay muchas maneras de suicidarse. Hay varios géneros de vida que suprimir. La vida se suprime en el ascetismo, en el cenobio, en los campos de batalla. Tanto como se ha guerreado y tanto como se ha llorado de penitencia, se reduce á eso: suprimir la vida y dar culto á la muerte.

—Sí; los antiguos la miraban como á una bienhechora.

—Y á mí se me figura que acertaban. La malhechora es la vida. Vivimos entre incertidumbres, errores, enfermedades, necesidades, pa-

siones, engaños. Todo miente, quizás, menos *ella*. ¿Cuánto más cruel es, por ejemplo, el amor?

—¡También éste la llama *ella!*—discurri yo sorprendido.—Por una contradicción de que pocos hombres se eximen, el encontrar en Desiderio Solís mis propios sentimientos me molestó. En primer lugar, yo tenía mi orgullo de pensador solitario, superior á la muchedumbre, y me amenguaba á mis propios ojos el formar parte de una grey, aunque no fuese de la grey común, sino de otra más reducida y selecta. En segundo lugar, estos pensamientos, que en mí no me parecían peligrosos, en el futuro preceptor de mi hijo me alarmaban terriblemente. Claro es que nadie enseña ciertas doctrinas á un chiquillo, y yo no ignoro que determinadas ideas son poco comunicables; ó brotan de suyo, ó no nacen aunque las siembran á boleó. No obstante, las almas trasudan y rezuman, en cualquier ocasión, su hiel ó su miel... ¿Convendrá para Rafaelín un alma de miel y cera, un alma continente, casta, dulce, impregnada de aromas? ¿Un alma de abeja

ebria, que cree en el dulzor porque lo lleva consigo?

Más ahincadamente que antes fijé mi lupa en el joven ayo. Empecé por desmenuzar su tipo físico. Debe de proceder de familia hidalga (el apellido lo indica) porque tiene las manos delicadas, largas de dedos, como las de ciertos retratos del Greco, y los pies estrechos y bien curvos. Su busto es mezquino, sus piernas carecen de gallardía, sus muslos no se acusan, su cuello es flaco, pobre. La cabeza, oblonga, arde en vida psíquica; la mirada, demasiado fija, es difícil de sostener; la nariz es irregular, algo torcida, y la mandíbula saliente. El pelo se insubordina; algunos mechones crecen en sentido contrario. Ha debido de sufrir privaciones en la edad del desarrollo, y su figura es, como la de tantos españoles estudiosos y que ni se bañaron ni comieron ni jugaron, una figura frustrada. El bigotillo da á la cara cierto aire provocativo, juvenil. La frente huye hacia el occipital—señal de desequilibrio.—Viste desgarnadamente, y no es pulcro con exceso; malos hábitos de bohemia subsisten en él; miss

Annie suele hacerle observaciones agripunzantes cuando le ve tirar al suelo la colilla del cigarro, ó apagarla en el platillo de su taza de café, ó escarbarse con el palillo las encías, ó usar el cuchillo indebidamente, ó echar migas en el mantel.—“¡Oh! ¡Aoh! ¡Mister Solís!”—murmura ella; y él, enfurruñado, impresionado, se corrige.—“Miss Annie, no eduque usted solamente á Rafaelito... Yo soy otro niño á quien tendrá usted que enseñar...” — Abundo en el sentido de la inglesa, porque soy pulcro, y con la edad madura, mi pulcritud va degenerando en quisquillosa manía. He puesto á disposición de Desiderio Solís, dos horas al día, á mi propio ayuda de cámara, Tadeo, ducho ya.—“Tírale la ropa vieja, preséntale otra nueva... Que se bañe... Que se calce bien; ya sabes que no puedo aguantar la vista de una bota torcida ó juanetuda...”

Lo extraño es que este mozo, que á veces huele á tabaco frío (tengo sagacísimo, ¡oh desventural el sentido del olfato), no demuestra que le impresione como superioridad mi exquisitez. Se me figura que es él quien se cree

superior á mí; que en el cálculo del valor de hombre á hombre, rebaja mi primor y exalta su diogenismo. Acaso entiende que dentro de mí hay vallas, hay reparos, hay recatos, hay respetos, lo que á él le falta; acaso me juzga piadoso, compasivo, altruista—y él se reconoce desentrañado, fuerte, más bárbaro y más alto por dentro que yo. Ve que amparo á un niño huérfano; ve que le hago bien á él, á Desiderio Solís, sin exigir utilidad en compensación del beneficio... y me toma por un *buen señor*, explotado, y por consecuencia vencido, esclavo, sumiso moralmente. ¡Qué satisfacción experimento al conocer que no es así! Estoy desnudo de compasión, desnudo de bondad, soy exaltado en mí mismo, despreciador de los otros... Si he recogido al niño ha sido por instinto egoísta y de conservación; por no dejarme llevar del atractivo que ejerce sobre mí la Guadalupe. ¿Yo un rasgo sentimental? ¿Yo una debilidad? ¡Si llegamos á chocar, ya verás, pobre muchacho, cómo me reviste una coraza, pero interior; las corazas que van por fuera y se ven, esas enseñan las juntas!

Sólo pensar que se puede tener de mí tal concepto, á pesar de mi desdén hacia la opinión de los demás, me subleva, me alza borbotones de ira. Como que yo he puesto mi orgullo en la corrección de mi sensibilidad, la cual no ha de parecerse en nada á la de la multitud. Ni quiero ser eso que llaman bueno, ni menos apiadarme de nadie, porque la piedad es un descenso; el hombre superior es insensible; está revestido de bronce. Todo cuanto hago, incluso lo que ofrece aspecto de buena obra, hágo por propia conveniencia... Así es que me dedico á desarrollar ante Desiderio mis teorías, demostrándole hasta dónde llego. Me complazco en sostener que la vida, para mí, sólo tiene el escaso valor, valor relativo, que tuvo para las ilustres minorías de todas las épocas, desde los epicúreos griegos y romanos hasta los actuales, más delicados y artistas, quizás, en sus exigencias de goce. Deseo que sepa que mi enfermedad es privilegiada y mi mal es el mal de los poderosos. Ansio convencer, á este único testigo consciente de mi vida privada (miss Annie no se cuenta, es una utilita-

ria, una *práctica* como Camila, pero al estilo peculiar de su raza sajona), de que guardo depositado y concentrado el ajeno que destilaron los siglos en el espíritu del hombre; de que he calado la existencia; de que conozco la miseria absoluta de nuestro destino, y que, para mí, vale más el no ser que el ser.

—Una noche en que dormimos completamente, sin pesadillas ni sueños, es lo que mejor recuerdo nos deja—le digo á Solís, al colocar otra vez en mi tántalo (regalo de antaño de Camila, para que los criados no puedan gulusmear los licores caros, las esencias líquidas que yo uso) la botellita del Kummel.—Saque usted la consecuencia...

—Ya está hecho—responde él, saboreando su copa con fruición evidente.—El sueño completo, sin despertar, sería lo mejor de todo. Y en el despertar no creo... Nuestra vida se va entre una espiral de humo—añadió, encendiendo desdeñoso el legítimo habano que yo acababa de ofrecerle.

—No le diré que acaso hay fuego en la sima—discurri cobardemente.—Me tendría por ti-

morato.—Sin embargo, buscando una forma que revele superioridad:—¿No cree usted en el despertar?—interpelo en alta voz.—Le felicito. El no creer es ya género de fe en algo. ¡Cree usted que no cree!... una creencia como otra cualquiera. Yo, á la verdad, de eso... ni sé, ni creo, ni descreo palabra... Creer ó descreer es ofender al Misterio, única realidad en todo lo que nos rodea. Envidio á usted la firmeza de su convicción.

Solís, algo picado, paseó el mirar por las brasas de la leña, brasas ya casi innecesarias, porque Abril se anuncia suave y benigno.

—Convicción no es—murmuró.—Es apatía, ó indiferencia, ó como quiera usted llamarle. Es que acaso damos por supuesto que la vida encierra un enigma, y no encierra nada: está hueca. El fenómeno, la sustancia... vacío todo, como dijo Saquiamuni.

—Apostaría yo—indico, recostándome en el sillón y encendiendo también en la lamparita de plata martillada el cigarro aromoso, seco, fino—que, como es usted joven, hay algo que no le parece tan vacío. ¿Ilusiones de amor, eh?

—¡Ojalá nunca!—responde estremeciéndose ligeramente.

—¿Por qué, amigo mío?—pregunto indiscreto.

—¡Ah! Por nada—responde él, evasivo, encogiéndose de hombros.

XI

Los primeros calores empalidecen las florecientes mejillas de Rafael, y su dulzura de Niño Jesús de San Antonio se transforma en abatimiento. Consulto, y me ordenan llevarle á un sitio fresco: si es posible, al borde del mar.—Y tan posible como es. Me le llevo á la casa de Portodor, donde he pasado días de mi edad temprana. Hace muchos años que no la he pisado; he solido, en verano, viajar por Suiza y Alemania; pero Camila, consecuente en sus hábitos de sabia previsión y buen gobierno, no quiso dejar en el abandono esa finca, y al residir allí cortas temporadas, de seguro cuidaría y arreglaría la antigua residencia. Sin embargo, para cerciorarme — como me sería muy des-

agradable encontrar camas duras, vajillas desportilladas y muebles ratonados,—me resuelvo á visitar á mi hermana, pegando un martillazo á la costra de hielo de nuestra casi ruptura.

Camila me recibe afabilísima. La mujer práctica ha echado sus cuentas y comprendido que es inútil y bobo reñir con nadie, á menos que reporte provecho. Su amabilidad, sin embargo, se asemeja á la que demostramos á los locos ó semilocos, á quienes, en opinión de la gente, no se debe "llevar la contraria"; con quienes no se discute. Me invita á almorzar, y acepto, telefoneando á mi hotel para que no me aguarden Desiderio y Annie. Expongo mis propósitos, formulo mi interrogatorio. ¿Hay en Portodor siquiera lo necesario? Porque con añadir lo superfluo...

—Lo necesario para ti es mucho, Gaspar —responde melifluamente Camila.—Para mí, y para la mayoría de los mortales, aquello se halla habitable, y hasta cómodo. He renovado infinitos trastos: he puesto el salón de cretonas alegres, francesas, y lo mismo el gabinete. Mira, es más sencillo: tengo el inventario; te lo

doy, y tú señalas en él lo que falte. ¿No te acuerdas de que hace cuatro años se gastaron allí algunos miles de pesetas, que tú pagaste, claro, porque la casa es tuya? No creas que vas á meterte en un palomar. Donde yo paso, pongo orden.

Apareció el inventario, un cuaderno de pliegos de papel de barba, de letra redonda, española. Estaba firmado por el mayordomo de Portodor,—todo en regla.—Lo guardé en el bolsillo, y descascarando una mandarina, invité:

—Sabes, Camila... Me alegraría de que te animases á la temporada en Portodor... ¿Por qué no, dime?

Ella, con los gajos de otra mandarina entre los dedos, sonrió y me echó una ojeada de soslayo.

—Hijo mío... eso no me lo pidas. Sería difícil complacerte.

—Pero, ¿por qué?

—¿No te enfadas?

—No. Palabra de honor. No me enfado; di lo que gustes. Hace meses que no me diriges

ninguna observación, y ya me saben tus reparos á fruta nueva.

—¡Gracioso! Pues... porque no me gusta autorizar ciertas cosas; basta y sobra con lo que se dice, sin que yo...

—¿Se dice? ¿De mí?

—De ti y de la inglesa.

—¡Bah!

—Y no es eso sólo... Hay quien muerde á propósito de la inglesa y de ese preceptor que tomaste, supongo que para la inglesa, puesto que el chiquitín, por ahora...!

—¡Pch...!

—Bueno; allá tú; yo no digo ¡pch!; yo estimo mi reputación y mi formalidad, Gaspar querido. Si fueses viudo, y si el chico fuese tuyo de verdad, la gente no comentaría el personal de servicio que eligieses. Como les extrañó tanto lo del chico—y no era para menos—tienen fija en ti la vista; me sacarían á tiras el pellejo si viviésemos juntos una temporada. Por otra parte, criatura, la miss es conocida; ha servido en casa de los Altacruz, y coqueteaba con Alfonsito, el hijo mayor, y sus amigos; parece que

pica alto y que se ha propuesto casarse con un español de fuste. Todas estas *carabinas* se proponen otro tanto...

—¡Ssss!— desdeñé.— Lo que es conmigo... Por otra parte, estoy encantado de su servicio, Camila. Es un cronómetro inteligente. La he subido el salario.

—Pues amén... Yo no tendría un aya así, bonita y que se las trae... En fin, iré á Portodor cuando regreses á Madrid con tu tropa; ¿supongo que pasarás allí Julio y Agosto?

—Me lo figuro... Según le siente á Rafael.

—Mira—articuló Camila sirviéndome café galantemente,—lo que puedo hacer es ir á verte un día desde el balneario de San Roque. Yo no necesito las aguas, pero Trini desea que la acompañe. ¡Pobre Trinita! Padece neurastenia, desórdenes..., algo que á veces proviene de estados de ánimo especiales. Como hay escasamente dos leguas de San Roque á Portodor, si se anima Trini, iremos á pedirte de mendar.

—Iréis á almorzar; no faltaba más. Es una jornada.

—Veremos, veremos... Ha de ser una excursión sin ruido, de las que en verano pueden hacerse, porque nadie se fija... Ya te escribiré desde allá, si vamos —que todavía no está Trini resuelta; dudosa anda entre esas aguas y otras de Baviera, muy elegantes y muy confortables... Oye—añade Camila,—quiero que sepas que me he traído de Portodor unas sillas antiguas, Imperio, preciosas; me dieron lástima allí; son las del gabinete. ¿Deseas llevártelas? Te llevarías lo tuyo...

—¡Qué disparate!... Son tuyas antes y ahora.
• Con esta cordialidad nos despedimos. Sali despreciándola como nunca, en una crisis de sarcasmo reprimido que, al verme en la calle, se reveló por una carcajada que hizo volverse á un aprendiz de zapatero, portador de un par de botas flamantes de caña mastic. Para Camila, bienes y males están en las bocas y opiniones de los demás. ¡Y qué recurso tan pobre el de la supuesta enfermedad de Trini! Será algún infarto al hígado, de tanto apretarse el corsé... Cátate que me la quieren pintar desmayada de amor y ternura.

Empiezo mis preparativos; doy mis órdenes. En los días que preceden á mi marcha me dedico á recorrer, por despedida, algunos de los sitios habituales: Ateneo, café, cervecería, teatros, corros de trastienda de anticuarios y librerías de viejo. No soy misántropo; soy *diferente*, lo cual no me quita la sociabilidad. Hasta concurso, una vez al mes, á ciertas tertulias de las que mi hermana frecuenta, y escucho las conversaciones, estudiando mucho al hacerlo, deleitándome en el curioso contraste de la charla oficial y la historia auténtica que se conoce... Debió de ser en un teatro, en los pasillos, donde me hablaron de Desiderio. Hurones, periodista de esos que podrían biografiar cruelmente á Madrid entero, que sólo hablan para murmurar, y en desquite sólo escriben alabanzas, me interpeló:

—¿Y qué tal Solís? ¿Está ahora mejor de la cabeza? Cuando usted se lo lleva, señal de que el pobre chico habrá sanado.

—No lo crea usted—respondí con perfecto aplomo.—Enfermísimo continúa.

—¡Vaya por Dios! Pues yo supuse que era la...

la escasez... lo que le tenía... así. Le conocemos mucho en la redacción; traía artículos y rara vez se le aceptaban, ni gratis, porque, ya ve usted, los nombres nuevos... El público exige firmas acreditadas... Los artículos que se le tomaron (aquí Hurones bajó la voz) fue porque se me figura que el director le cogió un poco de asco á Solís, que es muy violento.

—Ya, ya lo he advertido—respondí, consecuente en mi sistema de darme por informado para que Hurones no se replegase.—Es un carácter impulsivo de esos que pueden conducir á ¡qué sé yo!: hasta á monomanía homicida...

—¡Ajá! Eso, monomanía homicida... No me acordaba del nombre técnico. ¡Si dicen que varias veces quiso matar á... no sé cuántas personas! Y un día hasta nos trajo un artículo ponderando el goce que al matar se siente... De modo que, para saberlo de cierto, á alguien habrá escabechado... El director, naturalmente, devolvió el tal artículo; se nos hubiesen dado de baja infinitos suscriptores.

—Pues, además de la manía homicida, tiene otra muy mala: la suicida—afirmé intrépido.

—¡Ah! Eso nos consta á los del periódico... Quiso arrojarle por el viaducto y se lo impidió el guardia. El lo negó, pero...

—Pero... es el Evangelio. Y en otra ocasión se envenenó, sólo que llegó á tiempo el contraveneno—asentí imperturbable.—Hasta tiene en su cuarto un sable japonés, de los de abrirse la barriga.

Hurones me miró con recelo y escama, oliateando burla.

—Pues ¿cómo le conserva usted en su casa y al lado del niño? ¿No teme usted...?

—Es una experiencia psicológica que hago—declaré fríamente.

—Será una buena obra... El ha de sanar, con tal que coma y tenga remediadas sus necesidades. Sin embargo, en su pellejo de usted, yo no viviría descuidado. No se sabe...

Es imposible que exista en el universo persona cuya opinión me importe menos que la de Hurones; todavía me creo más predispuesto á seguir una prudente indicación de Camila.

No obstante, la noche en que me dijo las anteriores tonterías, cavilé buen rato á solas. Eso de estar ó no estar sano de la cabeza... ¿dónde habrá una frase tan holgada y tan ambigua? ¿No dirán de mí lo mismo? Camila lo cree; para ella soy ni más ni menos que un temible perturbado... cuando, en el terreno de la acción, soy un excelente sujeto, que á nadie molesta y que ha recogido un huermanito y le mima y educa. Nunca comprenderán los pobres diablos sin sustancia gris el cerebralismo, donde nos refugiamos, porque justamente nuestros actos no corresponden, no pueden corresponder con nuestros ensueños. Una noche en que Desiderio — hambriento, con la bolsa vacía, aterido de frío bajo el terno de verano, de odiosa lanilla nacional, que no había podido sustituir por un paletó acariciador y denso—pensó estoicamente en sensaciones supremas, en goces extraños y embriagadores que el dinero no compra, se acordó, sin duda, de que hay perversa y diabólica ventura en extinguir la vida (mayor, quizás, que en crearla); apacentó su espíritu en lo que yo lo he

apacentado con tal frecuencia, en lo estético del morir y del matar, raíz de toda belleza, esplendor del heroísmo, justificación de la baja del vivir—y, seducido por la magnificencia íntima de su idea, la ha garrapateado en cuartillas (estos debilitados y mal alimentados no saben retener el pensamiento arcano, el secreto que es para nosotros) y ha llevado las cuartillas á una publicación. Naturalmente: susto, alarma, anatema para el protervo... Y, en él, la idea, disuelta ya en el acto—porque escribir es modo de hacer, y los que menos realizan las cosas son los que las han confiado al papel, quedándose libres de la sugestión.—Escritores castos, cultivan el erotismo; escritores bondadosos, la truculencia y el crimen. Pasamos por tres estados sucesivos: pensar, decir, ejecutar. Contados hombres simultanean los tres estados. Desiderio ha escrito; luego no hará cosa ninguna. Jugaremos con el pensamiento grave y sublime de la muerte, rondaremos su negra puerta—sin entrar... Nos hará señas su mano de marfil—marfil óseo; nos llamará la elegante diestra gótica, sin carne—y res-

ponderemos que somos platónicos amadores, que la suspiramos desde lejos... ¿Cobardes? No; pacientes. Ella vendrá...

—¿Tadeo?

—Señorito...

—¿Has puesto en el equipaje camisas de vestir en cantidad?

—Van todas.

—¿Te acordaste de la tienda portátil para los baños?

—La ha facturado el mismo dueño del establecimiento en que la compré.

—¿Empaquetaste los licores?

—Un cajón está armado.

—¿Los libros?...

—Cinco cajones.

—¿Has dicho á miss Annie que la ropa blanca del niño irá en maleta especial, dedicada sólo á eso?

—Lo sabe, señorito. Descuide.

—¿Surtiste la caja con la plata para el servicio de mesa?

—Hasta del juego ruso para el te me he acordado,

—No dejes de llevar provisión de te de la caravana.

—Y café del mejor va también.

El ayuda de cámara intenta retirarse; pero le detengo con otras inquietudes de bienestar, de capricho.

—Compromete el *sleeping*... Echa en la caja de los vinos unos botes de confitura inglesa de ruibarbo para miss Annie... Las botas de charquear, el antejo marino... Pantallas para las bujías en la mesa...

Ya llega á la antesala, en retirada, y le grito:

—Mis armas, mi máquina de fotografía... ¡Oye! Cinco ó seis juguetes mecánicos bonitos para ir sorprendiendo á Rafaelín...